

raleza, la muerte nos liberta de él. No me compadezcáis, pues, padres conscriptos: vuelvo á Cartago; hago mi deber, y dejo obrar á los dioses.”

Régulo quiso poner el colmo á su magnanimidad: á fin de disminuir el interés que tomaban por su vida, y para desembarazarse mejor de una compasion inútil, dijo á los senadores que los cartagineses le habian hecho beber un veneno lento antes de salir de la prision: “Y de consiguiente, añadió, solo perdeis de mí algunos instantes, que no valen la pena de ser comprados con un perjurio.” Dicho esto, se levantó y se alejó de Roma sin proferir una palabra mas, con los ojos clavados en el suelo, y apartando de sí á su mujer y á sus hijos, ya temiendo que le enterneciesen sus lágrimas, ya porque, como esclavo cartaginés, se consideraba indigno de los abrazos de una matrona romana. Este digno ciudadano acabó su vida entre espantosos suplicios, si es que el silencio de Polibio y de Diodoro no nos hace dudar de la narracion de los historiadores latinos. Régulo fué un ejemplo insigne de lo que pueden en una alma esforzada la religion del juramento y el amor á la patria, porque si el orgullo tuvo tal vez alguna parte en la resolucion de aquel génio sublime, castigarse de aquel modo por haber sido vencido, era ser digno de la victoria.

Despues de veinticuatro años de combates, un tratado de paz puso fin á la primera guerra púnica. Pero los romanos no eran ya aquel pueblo de labradores gobernado por un senado de reyes, y que levantaba altares á la moderacion y á la humilde fortuna; eran unos hombres que se consideraban destinados á mandar á los demás, y á quienes la ambicion lanzaba continuamente en la injusticia. Bajo un pretexto frívolo invadieron la Cerdeña, y se gloriaron de haber hecho en plena paz una conquista á los cartagineses. No

sabian que el vengador de la fe violada estaba ya á las puertas de Sagunto, y apareceria muy pronto sobre las colinas de Roma. Aquí comienza la segunda guerra púnica.

Anibal fué en mi concepto el primer capitán de la antigüedad, porque si no es el que mas se ama, es ciertamente el que mas se admira. No tuvo el heroismo de Alejandro ni los talentos universales de César; pero sobrepujó á uno y otro como hombre de guerra. Ordinariamente el amor de la patria ó de lo gloria conduce á los héroes á los prodigios; pero á Anibal solo le guiaba el odio. Entregado á ese génio de nueva especie, parte de las estremidades de España con un ejército compuesto de mil pueblos diversos, salva los Pirineos y las Galias, doma á su tránsito naciones enenigas, atraviesa rios, llega al pié de los Alpes, y aquellas montañas sin caminos y defendidas por bárbaros, le oponen en vano su barrera. Desde sus nevadas cumbres cae sobre la Italia, derrota el primer ejército consular á las orillas del Tesino, da un segundo golpe en Trevia, otro tercero en el Trasimeno, y el cuarto parece que inmoia á Roma en el llano de Canas. Por espacio de diez años hace la guerra sin recurso alguno en el centro de Italia, y en tan dilatado periodo no incurre en ninguna de aquellas faltas que deciden de la suerte de los imperios, y que parecen tan ajenas de la naturaleza de un hombre grande, que pueden con razon atribuirse á un designio de la Providencia.

Infatigable en los peligros, inagotable en los recursos; astuto, ingenioso, elocuente, sábio además y autor de muchas obras, Anibal tuvo todas las dotes que pertenecen á la superioridad del espíritu y á la fuerza del carácter; pero le faltaban las grandes cualidades del corazon: frio, cruel, in-



sensible, nacido para destruir y no para fundar imperios, fué en magnanimidad muy inferior á su rival.

El nombre de Escipion el Africano es uno de los mas bellos nombres de la historia. El amigo de los dioses, el generoso protector del infortunio y de la belleza. Escipion tiene algunos rasgos de semejanza con nuestros antiguos caballeros. En él empieza aquella urbanidad romana, ornamento del génio de Ciceron, de Pompeyo y de César, que reemplazó entre aquellos ciudadanos ilustres la rusticidad de Caton y de Fabricio.

Anibal y Escipion se encontraron en los campos de Zama; el uno célebre por sus victorias, el otro famoso por sus virtudes; dignos ambos de representar á sus grandes patrias y disputarse el imperio del mundo.

Cuando partió para el Africa la flota de Escipion, la costa de Sicilia estaba cubierta de un pueblo inmenso y de una multitud de soldados. Cuatrocientos buques de transporte y cincuenta triremes cubrian la rada de Lilibea. Distinguíase por sus tres fanales la famosa galera de Lelio, que era el almirante de la flota: los otros buques, segun su porte, llevaban una ó dos luces. Las miradas del mundo estaban fijas en aquella espedicion que debia lanzar á Anibal de la Italia, y decidir, en fin, la suerte de Roma y de Cartago. Las legiones quinta y sexta, que se habian hallado en la batalla de Canas, ardian en deseos de talar y destruir los campos y los hogares del vencedor. El general principalmente atraia las miradas de todos: su religion, sus hazañas en España, en donde habia vengado la muerte de su tío y la de su paere, el proyecto de llevar la guerra á Africa, proyecto que él solo habia concebido contra la opinion del gran Fabio; y en fin, ese favor que los hombres conceden siempre á las empresas atrevidas, á la gloria, á

la hermosura y á la juventud, hacian á Escipion el objeto de todos los votos y de todas las esparanzas.

No tardó el dia de la partida. Al despuntar la aurora apareció Escipion sobre la popa de la galera de Lelio, á la vista de la flota y de la múltitud que cubria las eminencias de la costa. Un heraldo levantó su cetro é impuso silencio:

“¡Dioses y diosas de la tierra, exclamó Escipion, y vosotros, divinidades del mar, conceded á mi empresa un éxito feliz! Haced que mis designios contribuyan á mi gloria y á la del pueblo romano! ¡Que un dia volvamos llenos de júbilo á nuestros hogares, cargados con los despojos del enemigo; y que Cartago sufra las desgracias con que habia amenazado á mi patria.”

Dicho esto, se degüella una víctima; Escipion echa al mar las palpitantes entrañas; lárganse las velas al son de las trompetas, y una brisa favorable aleja toda la flota de las costas de Sicilia.

Al dia siguiente se descubrió la tierra de Africa y el promontorio de Mercurio: sobrevino la noche, y la flota se vió obligada á echar las anclas. Cuando amaneció, viendo Escipion la costa, preguntó cuál era el promontorio que se veia mas inmediato á los buques. “Ese es el Cabo Hermoso,” respondió el piloto; y á este nombre de buen agüero, saludando el general á la fortuna de Roma, mandó poner la proa de su galera hácia el sitio designado por los dioses.

El desembarco se verificó sin obstáculos: derramóse la consternacion por los pueblos y por los campos; los caminos se veian cubiertos de hombres, mujeres y niños que huian con sus ganados: parecia ver una de aquellas grandes emigraciones de los pueblos, cuando naciones enteras, acosadas por la cólera ó por la voluntad del cielo, abando-



nan los sepulcros de sus padres. Apoderóse de Cartago el espanto, dióse la voz de alarma, se cerraron las puertas, y coronáronse de soldados las murallas, como si los romanos estuviesen ya á punto de asaltar la ciudad.

Entre tanto Escipion habia enviado su ejército á Utica, y él se dirigia por tierra á esta ciudad, con el objeto de sitiárla: en esta ocasion se le reunió Masinisa con dos mil caballos.

Este rey numida, aliado antes de los cartagineses, habia hecho la guerra á los romanos en España, y habiendo perdido y recobrado muchas veces su reino por una série extraordinaria de aventuras, se hallaba fugitivo cuando Escipion desembarcó en Africa. Sifax, príncipe de los getulos, que se habia casado con Sofonisba, hija de Asdrubal, acababa de apoderarse de los Estados de Masinisa. Este se echó en los brazos de Escipion, y los romanos le debieron en parte el éxito de sus armas.

Después de algunos combates, en que quedó el campo por suyo, sitio Escipion á Utica. Los cartagineses, mandados por Asdrubal y por Sifax, formaron dos cuerpos separados á la vista del campo romano; pero Escipion consiguió poner fuego á los dos campamentos, cuyas tiendas estaban formadas de esteras y de cañas á la manera de los numidas, y en una sola noche perecieron por este medio cuarenta mil hombres. El vencedor, en cuyo poder quedó en esta ocasion una prodigiosa cantidad de armas, las hizo quemar en honor de Vulcano.

No desmayaron los cartagineses, sino que antes bien hicieron grandes levas. Sifax, movido por las lágrimas de Sofonisba, permaneció fiel á los vencidos, y se espuso de nuevo por la patria de una mujer á quien amaba tiernamente. Favorecido siempre del cielo, batió Escipion los

ejércitos enemigos, tomó las ciudades que estaban á su devocion, se apoderó de Túnez, y amenazó á Cartago con una completa destruccion. Arrastrado Sifax por su fatal amor, se atrevió á presentarse de nuevo ante los vencedores, con un valor digno de mejor suerte. Abandonado de los suyos en el campo de batalla, se precipita solo sobre los escuadrones romanos, esperando sin duda que los soldados, corridos de haber abandonado á su rey, se repondrian y correrian á morir con él; mas aquellos cobardes continuaron huyendo, y Sifax, cuyo caballo fué muerto de un bote de lanza, cayó vivo en manos de Masinisa.

Era ciertamente muy satisfactorio para este último el tener prisionero al que le habia usurpado la corona; y poco después la suerte de las armas puso tambien en su poder á Sofonisba, mujer de Sifax, la cual, echándose á los piés del vencedor, le dijo estas palabras:

“Tu prisionera soy: así lo han querido los dioses, tu valor y la fortuna; mas por estas rodillas que estoy abrazando, por esta mano triunfadora que me permites tocar, te suplico, ¡oh Masinisa! que me conserves en tu poder como una esclava, y me libres del horror de ser presa de un bárbaro. ¡Ay! hace un momento me hallaba yo, como tú, cercada de la majestad de los reyes! Considera que tú no puedes negar tu sangre; que llevas, como Sifax, el nombre de numida: mi esposo salió de este palacio por la cólera de los dioses: ¡plegue al cielo que tú hayas entrado bajo mas felices auspicios! Siendo yo ciudadana de Cartago é hija de Asdrubal, ya puedes discurrir lo que deberé esperar de un romano. Si no puedo permanecer esclava de un príncipe nacido bajo el cielo de mi patria; si la muerte sola puede sustraerme al yugo extranjero, dame tú esa muerte, que yo la contaré en el número de tus beneficios.”



El llanto y la suerte de Sofonisba conmovieron á Masinisa. Era aquella extraordinariamente hermosa, y encontrábase en la flor de la juventud. Sus ruegos, dice Tito Livio, menos eran ruegos que caricias. Masinisa vencido, se lo prometió todo, y no menos apasionado que Sifax, hizo su esposa á su prisionera.

Sifax fué presentado á Escipion cargado de cadenas, y aquel grande hombre que hacia tan poco habia visto en un trono al que ahora miraba á sus piés, se sintió movido de compasion. Sifax habia sido en otro tiempo aliado de los romanos, y acusó de su defeccion á Sofonisba. "Las antorchas de mi fatal himeneo, dijo, han reducido á cenizas mi palacio; pero consuélame una cosa, y es que la furia que ha destruido mi casa, ha pasado al lecho de mi enemigo, y reserva á Masinisa una suerte semejante á la mia."

Así ocultaba Sifax, bajo las apariencias del odio, los celos que le arrancaban estas palabras; porque este príncipe amaba todavía á Sofonisba. Escipion por su parte no dejaba de estar inquieto, porque temia que la hija de Asdrubal tomase sobre Masinisa el ascendiente que habia tenido sobre Sifax. Con efecto, la pasion de Masinisa se presentaba ya con un aspecto muy violento: habíase apresurado á celebrar sus bodas antes de dejar las armas; y con el ansia de unirse á Sofonisba, habia encendido las antorchas nupciales delante de los dioses domésticos de Sifax, aquellos dioses acostumbrados á escuchar los votos formados contra los romanos. Masinisa habia vuelto á ver á Escipion, y éste, al mismo tiempo que tributó algunos elogios al rey de los numidas, le reprendió secamente por su conducta con Sofonisba. Entonces Masinisa conoció su error, y temiendo caer en desgracia de los romanos, sacrificó su amor á su ambicion. Oyósele gemir dentro de su tienda

y luchar contra aquellos sentimientos generos que jamás se arrancan sin violencia del corazon humano. Hizo llamar al oficial encargado de guardar el veneno del rey: aquel veneno servia á los príncipes africanos para librarse de la vida cuando habían caido en una desgracia sin remedio; y de esta manera la corona, que no estaba entre ellos al abrigo de las revoluciones de la fortuna, se encontraba al menos á cubierto del desprecio. Masinisa vertió el veneno en una copa para enviárselo á Sofonisba, y dirigiéndose despues al oficial encargado de aquel triste mensaje, le dijo: "Dí á la reina que si yo hubiese sido el árbitro del destino, nunca Masinisa se hubiera separado de Sofonisba; pero los dioses de los romanos lo han ordenado de otra manera. Le cumplí, sin embargo, una de mis promesas: no caerá viva en manos de sus enemigos, si se somete á su destino como ciudadana de Cartago, como hija de Asdrubal y como esposa de Sifax y de Masinisa."

Entró el oficial en el cuarto de Sofonisba y la trasmitió la órden del rey. "Recibo este regalo nupcial con alegría, respondió ella, toda vez que es cierto que un marido no ha podido hacer á su mujer otro presente. Dí á tu señor que al perder la vida hubiera yo al menos conservado el honor si no me hubiese casado con Masinisa la víspera de mi muerte." Dicho esto se tragó el veneno.

En este estado de cosas fué cuando los cartagineses llamaron de Italia á Anibal, el cual lloró de rabia, acusó á sus conciudadanos y á los dioses, y se arrepintió de no haberse dirigido á Roma despues de la batalla de Canas. Jamás hombre alguno al salir desterrado de su país sintió tanto dolor como el que experimentó Anibal al separarse de una tierra extranjera para regresar á su patria. Desembarcó en la costa de Africa con los bravos veteranos que



habian atravesado en su compañía las Españas, las Galias y la Italia, y que ostentaban mas haces tomadas á pretores, generales y cónsules, que llevaban delante de sí todos los magistrados de Roma. Anibal habia estado treinta y seis años ausente de su patria, de donde salió niño, y volvía á ella en edad avanzada, como él mismo lo dijo á Escipion. ¡Cuáles, pues, debieron ser los pensamientos de aquel grande hombre cuando volvió á ver á Cartago, cuyos muros y cuyos habitantes eran casi extranjeros para él! Habian muerto dos hermanos suyos; los compañeros de su infancia no existian, y habíanse sucedido las generaciones: los templos, cargados de despojos romanos, fueron sin duda los únicos objetos que Anibal pudo reconocer en aquella nueva Cartago. Si sus conciudadanos no hubiesen estado obcecados por la envidia, ¡con qué admiracion no hubieran contemplado á aquel heroe, que hacia treinta años estaba vertiendo su sangre por ellos en un país remoto, y cubriendo á su patria de gloria inmarcesible! Mas cuando los servicios son tan eminentes que esceden los límites del reconocimiento, solo son pagados con la ingratitude. Anibal tuvo la desgracia de ser mas grande que el pueblo entre el cual habia nacido, y su destino fué vivir y morir en tierra estraña.

Dirigió su ejército á Zama, y Escipion aproximó su campo á dicho punto. El general cartaginés tuvo un presentimiento de la inconstancia de la fortuna, porque pidió al romano una entrevista, á fin de proponerle la paz. Se fijó el lugar de la conferencia, y cuando los dos capitanes se vieron en presencia uno de otro, permanecieron silenciosos y sobrecogidos de recíproca admiracion. Tomó por fin Anibal la palabra, y dijo:

“Los dioses quisieron, ¡oh Escipion! que vuestro padre

fuese el primer general enemigo á quien yo me presenté en Italia con las armas en la mano, y estos mismos dioses me mandan que venga hoy desarmado á pedir la paz á su hijo. Vos habeis visto á los cartagineses acampados á las puertas de Roma, y el bullicio de un campo romano se oye ahora en los muros de Cartago. Salido niño de mi patria, vuelvo á entrar en ella cargado de años; y una larga experiencia de la próspera y adversa fortuna, me ha enseñado á juzgar de las cosas por la razon y no por el suceso. Vuestra juventud, y la fortuna que no os ha abandonado todavía, os harán tal vez enemigo del reposo, porque en la prosperidad no se piensa en los reveses. Vos os hallais ahora en la edad que tenia yo en Canas y en Trasimeno. Mirad, pues, lo que he sido, y conoced por mi ejemplo la inconstancia de la suerte. El que os habla ahora como suplicante, es aquel mismo Anibal, que acampado entre el Tiber y el Teveron, dispuesto á dar el asalto á Roma, deliberaba sobre el destino que daria á vuestra patria. Yo he llevado el espanto á los campos de vuestros padres, y me veo reducido á rogaros que eviteis tamañas desgracias á mi país. No hay cosa mas incierta que la suerte de las armas: un momento puede arrebatáros vuestra gloria y vuestras esperanzas. Convenir en la paz, es quedar siendo vos mismo el árbitro de vuestro destino; pelear, es poner vuestra suerte en manos de los dioses.”

A este estudiado discurso, contestó Escipion con mas franqueza, aunque con menos elocuencia; desechó como insuficientes las proposiciones de paz que le hacia Anibal, y ya solo se trató de pelear. Es probable que no fué el interés de la patria el único motivo que impulsó al general romano á romper con el general cartaginés, y que Escipion no pudo vencer el deseo de medirse con Anibal.